

APOCALIPSIS

MARIO MENDOZA

Apocalipsis

©Mario Mendoza, 2021

© Por imagen de cubierta: LADELRIO (@tintadelrio), 2021

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Diseño de interior: Departamento de Diseño Planeta

Primera edición: abril de 2009

Primera edición de esta colección (Colombia): mayo de 2021

Segunda edición de esta colección (Colombia): agosto de 2022

ISBN 13: 978-628-7568-11-2

ISBN 10: 628-7568-11-9

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Impresión: xxxxxxxxx

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo de:

- Programa Distrito grafiti de la Alcaldía Mayor de Bogotá
(Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e Instituto Distrital de las Artes – IDARTES).
- Cuerpo oficial Bomberos de Bogotá
(Estación de Chapinero, Estación del Restrepo)
- Árbol Naranja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Somos más que agua, más que tierra, más que sol.
Somos la Fuerza Viviente que se da un motivo para vivir.*

RAY BRADBURY

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
Capítulo I	
UN ÁNGEL SALE DEL MANICOMIO.....	15
1	17
2	19
3	22
4	26
5	31
6	35
7	44
8	53
9	60
10	65
11	68
12	74

Capítulo II

NO MATARÁS.....	79
1.....	81
2.....	85
3.....	93
4.....	98
5.....	104
6.....	113
7.....	120
8.....	126
9.....	136
10.....	143

Capítulo III

CIUDAD GÓTICA.....	151
1.....	153
2.....	159
3.....	164
4.....	173
5.....	178
6.....	185
7.....	193
8.....	202
9.....	211
10.....	216

Capítulo IV

OPERACIÓN WAYÚ.....	221
1.....	223
2.....	228
3.....	236
4.....	246
5.....	250

6	256
7	262
8	266
9	269

Capítulo v

MONJE CIBERNÉTICO.....	273
1	275
2	278
3	282
DESPEDIDA	291
NOTA FINAL	293

PRÓLOGO

Esta es una novela que cierra el círculo iniciado en *La ciudad de los umbrales*. La mayoría de mis novelas tienen finales abiertos: un tipo abandonado en La Guajira (*Cobro de sangre*), un criminal en una clínica psiquiátrica (*Relato de un asesino*), un aventurero en un leprocomio en mitad de la selva (*Los hombres invisibles*) o dos amigos que se van a encontrar en una favela de Río de Janeiro (*Buda Blues*). Bien, en este libro se muestra que todos ellos se conocían, que son más o menos de la misma generación y que su destino fue precisamente llevar la contraria, rebelarse, resistirse, negarse a hacer parte del horror circundante. Hay una fuerte conexión con las anteriores novelas. Son esos muchachos que vagabundean por la ciudad los que más adelante escribirán todos estos libros. Y aquí, en esta novela final, nos enteramos de sus vidas secretas y de los verdaderos motivos que los condujeron al exilio, a la locura o a una muerte sin remedio.

Apocalipsis es no sólo un diagnóstico de época, sino una idea que cruza toda mi obra desde el comienzo, una intuición que poco a poco se va confirmando: no progresamos. La idea del progreso es decimonónica, caduca. Después de Auschwitz y de Hiroshima y Nagasaki está claro que estamos extraviados. La Modernidad hizo todo muy mal. Y las consecuencias saltan a la vista: caos general, depresión, angustia, sinsentido, suicidios, guerras, hambrunas, devastación a diestra y siniestra. Ese mundo que se sentía seguro y fuerte ahora se sabe frágil y vulnerable. Y la caída definitiva ya empezó.

Capítulo 1

UN ÁNGEL SALE DEL MANICOMIO

1.

Con Fercho y con Toño nos pasábamos las tardes enteras vagabundeando por ahí, tragándonos las calles con las manos entre los bolsillos, mirando las vitrinas de los almacenes de la carrera séptima, conversando con los *hippies* de las casetas de libros y de discos de segunda de la avenida 19, metiéndonos a los primeros ciclos de cine de autor en la Cinemateca Distrital y rompiéndonos la cara cada vez que podíamos contra las pandillas del Olaya.

Un cuarto integrante ocasional del grupo era Eliseo Vásquez, un adolescente melencólico que vivía en la casa de un tío que vendía esmeraldas de Muzo. Eliseo permanecía todo el día como en otro planeta, nunca estudiaba una sola línea sobre ninguna materia, se burlaba de nuestra afición por el cine y los libros, fumaba marihuana desde que se levantaba hasta que se iba a dormir, pero eso sí, al momento de enfrentarse con los del Olaya siempre estaba listo y lo sentíamos parte integral del equipo más íntimo que conformábamos nosotros tres. Un día, mientras su tío estaba en uno de sus viajes por las fincas de Muzo, husmeamos en el clóset del viejo y encontramos una muñeca de inflar de tamaño natural, con senos y vagina y cabello de verdad. Una auténtica belleza a la que, después de una ardua votación, decidimos llamar Dulcinea del Quiroga. Nos compramos unas cervezas en la tienda de mi padre, inflamos a Dulcinea, nos jugamos a los dados los respectivos turnos para acostarnos con la amante plástica del viejo Vásquez (alguien incluso recordó la canción: “Ella era una chica plástica...”), y

nos dispusimos todos a perder nuestra virginidad con la misma mujer, lo cual, estábamos seguros, nos uniría para siempre. El primero fue Fercho. Se encerró en el cuarto de Eliseo y se hizo hombre entre quejidos y estertores, como si un camión le estuviera pasando por encima. Nosotros, detrás de la puerta, le gritábamos eufóricos:

—¡No me la manosee, marica!

—¡Pilas, güevón, sin sobrepasarse con ella!

Por fin, todo quedó en silencio. Eliseo le gritó a Fernando con la boca pegada a la puerta:

—Hay que lavarla, hermano. Vaya al baño y límpiela. No nos la vaya a entregar llena de semen.

Oímos que entraba al baño y que, en efecto, la limpiaba. Luego abrió la puerta sonriente, despeinado, con aire de suficiencia, y me dijo a mí, que era el siguiente en la fila:

—Ahí se la dejo bien entrenadita, cabrón.

Me dispuse a encamarme con Dulcinea cuando escuchamos el ruido de la puerta del garaje y un carro que estaba entrando a la casa. Era el tío de Eliseo que acababa de llegar de su viaje de negocios con el chofer y un guardaespaldas. Todos nos pusimos a temblar y no sabíamos por dónde escaparnos sin que nos vieran. Intentamos saltar desde la ventana del cuarto de Eliseo al antejardín del primer piso, pero Dulcinea se nos cayó de las manos y terminó pinchada entre unas rosas, desinflándose como si fuera un balón de fútbol. Eliseo no alcanzó a saltar, el guardaespaldas de su tío lo agarró por la camiseta y lo sujetó con fuerza. No tuvimos tiempo de defendernos ni de dar explicaciones: salimos corriendo y durante mucho tiempo no fuimos capaces de volver a la casa de Eliseo. Supimos que el tío le había propinado una fuerte paliza y que lo había hecho trabajar en una de las fincas hasta que pagó lo que la muñeca había costado en una tienda de juguetes sexuales de Miami. Un tiempo después mataron al viejo, a causa de una *vendetta* de un esmeraldero, y nuestro amigo tuvo que irse a vivir con una tía en las afueras de la ciudad. No volvimos a saber de su paradero.

2.

Crecí en el Quiroga, un barrio al sur de la ciudad que se fue deteriorando poco a poco sin que nosotros, sus primeros habitantes, participáramos en esa degradación paulatina. Al principio fueron los esmeralderos, como el viejo Vásquez: llegaron al barrio con sus carros costosos, sus camperos atestados de guardaespaldas y hombres de confianza, sus mujeres y sus hijos campesinos que, sin embargo, querían ocultar su origen humilde y rural, y que se daban aires de grandeza gracias al auge de las gemas. Eran ruidosos, con gustos estrafalarios y acento campechano, pero colaboradores, buenos vecinos, solidarios con los proyectos de las juntas de acción comunal y generosos en sus donaciones para los parques infantiles y las escuelas del sector. No se habían ido a vivir todavía al norte, donde estaba la gente adinerada, porque temían que los rechazaran y que se burlaran de ellos. Dinero les sobraba, pero un cierto complejo de inferioridad les advertía que era mejor quedarse entre los suyos, al menos por ahora. Y al poco tiempo los ricos les abrieron sus puertas, hicieron negocios con ellos sin ningún tipo de pudor y entonces emigraron hacia el norte de la ciudad, a los barrios más lujosos y selectos. En sus casas del Quiroga dejaron a sus chóferes y lugartenientes, que con el paso de los años se fueron convirtiendo en pequeños mafiosos que se dedicaban al contrabando, la prostitución y el comercio de repuestos de autos robados.

Así llegó la segunda ola al barrio: ladrones de todo tipo, bandas de apartamenteros y contrabandistas que se apropiaron con rapidez

de los negocios de San Andresito. La tercera ola fue inevitable: narcotraficantes incipientes que necesitaban a todos estos malhechores para lavar el dinero que les estaba empezando a llegar a manos llenas. Y nosotros, los hijos de trabajadores honestos, operarios de fábricas, secretarias y tenderos, íbamos creciendo en silencio en medio de esa fauna que era un fiel reflejo de lo que estaba pasando en el país entero.

Mi padre era el dueño de un pequeño supermercado cuyo título daba pie a veces a grandes discusiones: Blanco y Negro. Qué diablos quería decir eso: ¿el bien y el mal?, ¿la luz y las tinieblas?, ¿la vida y la muerte? ¿A quién se le ocurría bautizar un negocio de frutas, verduras, enlatados, gaseosas y jabones con semejante nombre: Supermercado Blanco y Negro? Pues a mi viejo, que era un hombre callado, viudo (mi madre había muerto al nacer yo), que no bebía alcohol casi nunca, solitario, que se la pasaba en la caja registradora todo el día pendiente de las cuentas. La gente lo estimaba porque no se metía en nada, nunca emitía un comentario fuera de lugar, era amable y sabía prestar un servicio sin intimar más allá de lo necesario. Y esa actitud, en un barrio como el nuestro, valía oro. Y cuando alguien le preguntaba con una sonrisa por el nombre del almacén, él sencillamente se limitaba a contestar: “A mí me gusta así”.

Ser un adolescente en el Quiroga a finales de los setenta no era nada fácil. La única virtud que se respetaba era la fuerza. Después del colegio nos encontrábamos en el parque y jugábamos fútbol, hacíamos pesas, montábamos en bicicleta, o nos reuníamos en alguna casa donde no estuvieran los padres a ver revistas pornográficas y a masturbarnos. Cuando nos tropezábamos con los del Olaya, el barrio de al lado, nos agarrábamos a puñetazos y a patadas hasta que algún vecino inoficioso llamaba a la policía y teníamos que salir corriendo y atravesar potreros baldíos para estar seguros de que nadie nos estuviera persiguiendo. Si alguien tenía la cara amoratada o inflamada, se ponía hielo y aguantaba. Y si otro tenía una mejilla

o una ceja rota, lo acompañábamos al centro de salud a que lo cosieran y luego inventábamos un accidente deportivo para justificar la herida. Éramos jóvenes, pobres y salvajes. Y sin saberlo, y muy a nuestra manera, estábamos satisfechos de nosotros mismos.